

No recuerda haber metido los dedos en los enchufes cuando era pequeño, pero asegura que nunca le dio miedo la electricidad, «aunque sí respeto». Con 20 años montó una empresa de servicios eléctricos y vive ahora la vorágine de cambios tecnológicos y legislativos de una profesión en plena evolución.

El poder de hacer la luz

Cables y fusibles son sustituidos por nuevas tecnologías que obligan a los electricistas a una formación constante

ESTHER BAJO

■ A Salamanca no le faltan luces. Cuenta con seiscientos profesionales en el sector de la electricidad y con 140 empresas asociadas en Aeslux, la organización más fuerte de Castilla y León en este sector. Todos están viviendo momentos cruciales, no sólo por los vertiginosos avances tecnológicos, que requieren una formación cada vez más compleja y permanente, sino también por los cambios legislativos y empresariales que supone la liberalización del sector.

La liberalización del sector fuerza a una mayor calidad y especialización de las empresas

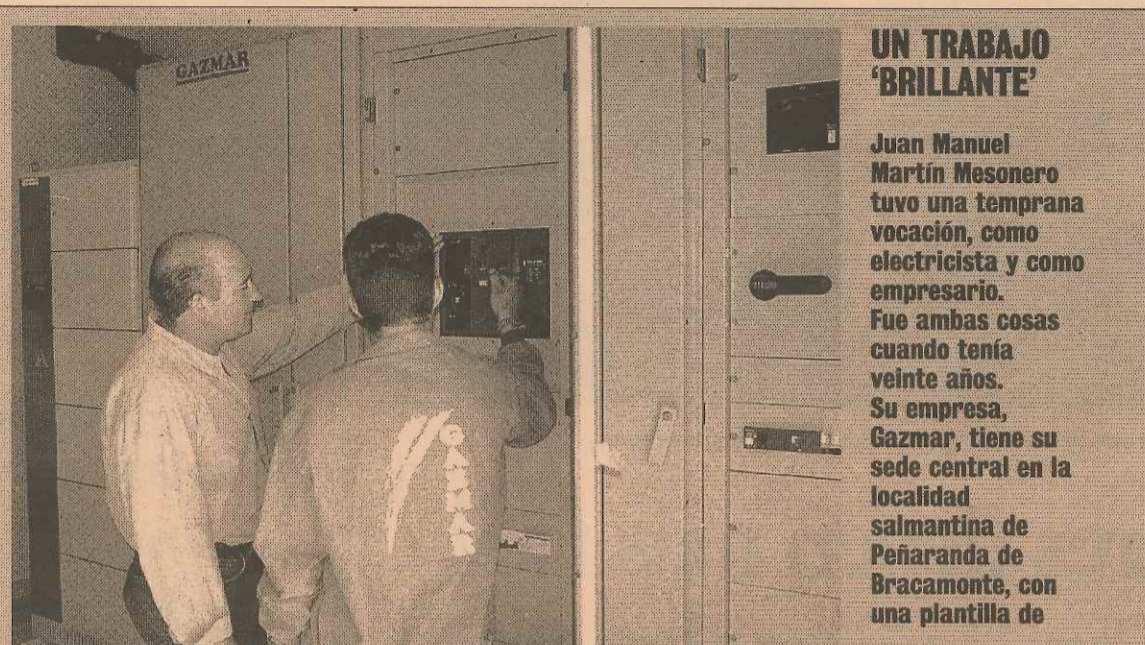
«Este sector está evolucionando mucho, pero es en adelante cuando nos esperan cambios brutales». Lo dice un experto, Juan Antonio Martín Mesonero, presidente, desde el pasado día 8, de Aeslux, asociación integrada en Confaes, la Confederación de Asociaciones Empresariales Salmantinas, de la que es, por otra parte, vicepresidente.

Todo se complica

«Las empresas eléctricas son ahora intermediarias entre las compañías suministradoras y los abonados, y ello les da más importancia, pero también las obliga a trabajar con más calidad», ex-

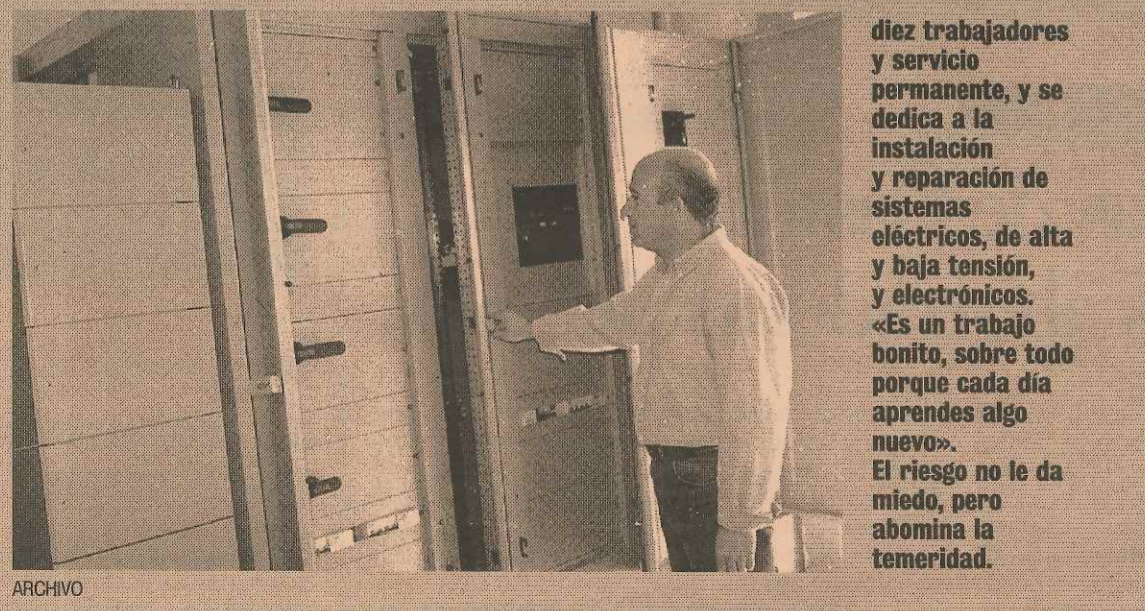
«Los cables deberían ir siempre bajo tierra, por seguridad y, sobre todo, por estética»

plica Martín Mesonero, que trabaja en el sector desde hace dieciocho años. Las exigencias de nuevos y más sofisticados equipos tecnológicos, de más medios y un trabajo administrativo más complicado, «es bueno para el sector», pero también está forzando el crecimiento de las empresas especializadas en detrimento de los autónomos y, sobre todo, obligando a los profesionales a afrontar nuevos retos formativos que, además del ciclo de Formación Profesional, demanda cursos de reciclaje profesional.



UN TRABAJO 'BRILLANTE'

Juan Manuel Martín Mesonero tuvo una temprana vocación, como electricista y como empresario. Fue ambas cosas cuando tenía veinte años. Su empresa, Gazmar, tiene su sede central en la localidad salmantina de Peñaranda de Bracamonte, con una plantilla de



diez trabajadores y servicio permanente, y se dedica a la instalación y reparación de sistemas eléctricos, de alta y baja tensión, y electrónicos. «Es un trabajo bonito, sobre todo porque cada día aprendes algo nuevo». El riesgo no le da miedo, pero abomina la temeridad.

ARCHIVO

«La electricidad cada vez está más cerca de la electrónica y las telecomunicaciones, dos mundos que hasta ahora estaban muy distantes, de modo que la necesidad de formación es muy grande, sobre todo a la hora de hacer reparaciones industriales, porque tam-

bién la maquinaria de las industrias es cada vez más sofisticada». A Martín le gusta la luz, pero no los tendidos eléctricos, y aboga firmemente por la necesidad de enterrar los cables «para que no afeen el paisaje y, sobre todo, el casco histórico de la ciudad». En

realidad, señala, «todos los cables deberían ir de forma subterránea, como ya sucede en otras ciudades, por seguridad y, sobre todo, estética», y espera que el Ayuntamiento de Salamanca tome nota, aunque, señala, «se trata de una obra, ciertamente, muy costosa».

LA CLAVE

Da miedo el cielo, no los cables

■ La seguridad es uno de los problemas más importantes de la profesión de electricista, aunque Juan Antonio Martín Mesonero desdramatiza: «Un cable nunca es peligroso, aunque tenga corriente». Él asegura que nunca ha tenido miedo de las temibles descargas eléctricas, aunque a la mayoría de la gente le dé un pequeño escalofrío de temor cuando tiene que cambiar un fusible, o le alarme un tanto ver a una colonia de pajarillos esperando el atardecer sobre un tendido eléctrico. «No hay peligro si no se tocan dos cables o una toma de tierra», dice Martín Mesonero.

Pero es consciente de los riesgos que entraña la profesión y asegura que hay métodos suficientes para conjurarlos y demasiada poca formación y aún menos mentalización por parte de los trabajadores: «Lo único que hace falta para no tener un accidente es tener un adecuado conocimiento de lo que se hace y una mentalidad determinada, que aún falta en buena medida, para utilizar los sistemas de seguridad necesarios, aunque resten comodidad en el trabajo». Por normativa no queda, y por medios, tampoco. Martín no cree, por otra parte, que la profusión de electrodomésticos provoque mayor inseguridad en los hogares y explica el alto grado de accidentes domésticos por «la imprudencia, cuando no la temeridad». El verdadero temor de Juan Manuel Martín es que se vaya la luz, y ese riesgo viene del cielo. «Cada vez hay menos posibilidades de que se produzcan apagones, pero, cuando se producen y no se deben a una deficiencia de la empresa suministradora, casi siempre es por una tormenta», explica, recordando el que dejó sin luz a parte de la ciudad durante la Nochevieja, debido a que las fuertes lluvias provocaron la inundación de un centro de transformación.